

hay cosa considerable, y aun ésta es más un ensayo del buen gusto que comenzaba á reflorcer, que una obra perfecta. De la restauración de la literatura acá ha habido en todas lenguas una multitud de poemas.

En latín el *Constantino* de Donato, la *Herodiada* de Bidermann, el *Aquaviva* de Bencio, la *Christiada* de Vida, la *Siphilis* de Jerónimo Fracastorio, la *Francisciada* de Macedo, el *Partus Virginis* de Sannazaro, el *Moisés Viator* de Antonio Millico, el *Jesús Niño* de Tomás Ceva, el *Rapto Manresano* de Werpæo, y otros muchos que sería en vano referir, habiendo ya hablado en las notas de los más considerables. En español hay de los antiguos la *Araucana* de D. Alonso de Ercilla, la *Austriada* de Juan Rufo, y el *Monserate* de Cristóbal de Virués. Estos tres poemas, aunque llenos de grandes defectos, tienen bellezas muy originales. Y son, dice el Cura en D. Quijote, ¹ “los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos, y que pueden competir con los más famosos de Italia: guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España.” En lo moderno no hay cosa que merezca el nombre de poema heroico, si no queremos contar en este número el *Fernando* de Esquilache, ó el *Hernando Cortés* de Ruiz, ó la *Santa Teresa* del Butrón, ó el *Ignacio* de Escobar, ó el *San Juan Nepomuceno* de Reina, y otras mil historias puestas en verso. Los franceses tienen el *David*, el *Jonás*, el *Moisés*, el *Alarico*, el *Clodoveo*, el *S. Luis*, la célebre *Pucela de Orleans* de Chapelain, y algunos otros de ningún nombre, y cuyo suceso infeliz hizo creer la lengua francesa incapaz de un poema heroico, hasta que Voltaire escribió su *Henriada*, ó toma de París por Enrico IV. Sin embargo, á pesar de todo el genio de este autor, se ve en todo su poema una sequedad, un género de sentencias abstractas, especulativas, metafísicas y afectadas, y una descripción de caracteres, nimia, frecuente y prolija. No se presenta héroe alguno en el teatro de quien antes no se diga, era de este carácter ó del otro: Catarina de Médicis, Enrico III,

¹ Pte. I, cap. 6.

Sixto V, los Duques de Guisa, de Mayena, de Joyosa, d'Aumale, Mornay. Pero esta pintura de caracteres especulativa y filosófica es buena para un ético, para un historiador; no para un poeta. Homero ni Virgilio jamás dicen: Ulises ó Agamenón era de este genio; Nestor, Eneas ó Turno de este otro, sino que en su mismo modo de hablar y de obrar dan á conocer las buenas ó malas cualidades y el espíritu de cada uno. La afectación de máximas políticas y militares es sensibilísima en Voltaire, como la hiel y amargura satírica. Cuando lo leo, más me parece leer á Persio y Juvenal, que á Virgilio. Las comparaciones ó símiles, que deben ser naturales, sencillas, como que son inventadas para explicar con ellas las cosas, son muchas veces en Voltaire tomadas de la historia romana, ó semejantes sucesos, más oscuros en vez de ser más claros. La navegación de Enrico á Inglaterra se compara al pasaje de César del Epiro á Nápoles: el brío que inspira á las tropas con su presencia, con el que en semejante lance inspiró Rómulo á sus romanos. Este vicio lo tomó Voltaire de Milton, cuyos símiles son tomados muchas veces de la máquina neumática, de la eolípila, de la refracción de la luz y semejantes fenómenos, traídos más para una ostentación pedantesca de física ó de historia, que para explicación poética. No menos que en los símiles son estos autores afectados, ingratos y absolutamente inverisímiles en sus ficciones. Si Homero hubiera dicho á sus griegos: “Salió el mar del fondo de las aguas, y habló de esta manera,” su ficción sería la cosa más fría é irrisible del mundo, sabiéndose que el mar es cosa inanimada, incapaz de hablar y obrar por sí misma. Pero diciendo “salió Neptuno del fondo de las aguas,” su ficción era agradable y verisímil, porque hablaba con una nación que efectivamente reconocía y creía á Neptuno como á dios tutelar de los mares. Así que decirnos que vino la Discordia á curar las heridas; del otro Monsieur, que fué á buscar á la Política; que ésta le dijo, que la Religión hizo ó que tornó, son ficciones tan frías, tan insulsas y tan impropias como aquellas de los *Autos Sacramentales* en que hablan la Voluntad, el Entendimiento, la Fe, la Esperan-

za y semejantes personajes, de que se burlan los mismos franceses. Personalizar las virtudes ó los vicios es la mayor gala y hermosura de Homero; pero en aquella creencia, en aquella teología, en aquella religión en que estaba entonces la Grecia era bellissimo lo que no lleva la religión y la creencia del mundo hoy en día. Hablé de Milton y de Voltaire; pero las ficciones del primero son, fuera de impropias é insulsas, infinitamente más groseras é ingratas. No hay estómago que no se revuelva al leer el razonamiento que el Pecado hace al Diablo, y el pacto de la Muerte. Los demonios, para caber en la gruta del Infierno, se hacen enanos. Los ángeles pelean con balas, pólvora y cañones. Los diablos tajados en piezas, se unen y se incorporan otra vez, cantan, bailan, tocan instrumentos, luchan, y es tan sin embargo en continua pena de fuego, de humo y desesperación. De todos los nombres bárbaros que los antiguos pueblos de Palestina daban á sus ídolos se forman otros tantos diablos príncipes: se distinguen con mucha exactitud los caracteres de Belial, de Belcebúb, de Moloch, de Astaroth: caracteres puramente especulativos, y que nada influyen en las operaciones que en el poema tienen aquellos personajes imaginarios. De los más de ellos no se vuelve á hacer mención en todo el poema; y como el fido Acates, el fuerte Gías y el fuerte Cloanto, no sirven más que para llenar algunos versos. Allí andan juntos con el infierno verdadero el Flegetón, el Lete y la laguna Estigia, el vacío filosófico y el caos poético. Satanás hace un viaje á los espacios imaginarios, cae en el vacío, y caería más abajo si una nube no lo repeliera: que en el vacío bien podía haber nubes. De este rechazo salta al caos, y de allí al paraíso de los locos, donde encuentra los Agnus Dei, los rosarios, medallas, capillas, escapularios y todos los órdenes regulares. ¿Puede haber en el mundo imaginación más desreglada, fantasía más monstruosa? ¿Y estos son los grandes hombres que tienen por desreglados á Calderón y á Góngora? Cuando veo comparar estos autores con Homero, me parece cosa tan extraña y ridícula como le pareció á Lilio Giraldo el sepulcro del carmelita Juan Baptista

Mantuano, que *juxta Virgili tumulum pia quidem sed ridenda comparatione conspicitur.*

Los italianos no tienen cosa mejor que el Tasso; pero no carecen de mérito el *Orlando* de Ariosto, el *Josef* del Dante y la *Italia liberata* del Trissino, autor también de la *Sophonisba* que se dice haber sido la primera tragedia escrita en lengua vulgar.

Mr. Boileau no trata en particular de aquellos poemas que se llaman *didascálicos*, esto es, de aquellos en que sin introducción de personajes ó de ficción se explica ó enseña alguna cosa. Como este género de obras nada tienen de poema, si no es la versificación, basta el conocimiento de las reglas que para formar el verso y el estilo se dieron en el canto primero. Pero como en esta materia hay bellísimos poetas, haré aquí una breve reseña de los más célebres.

Un estampador de buen gusto podría hacerse un nombre inmortal y traer mucha utilidad á la literatura y á sí mismo, imprimiendo casi todas las artes y ciencias escritas en verso por muchos autores escogidos. De agricultura v. gr. un tomo y más que compondrían los *Días y Obras* de Hesiodo, las *Geórgicas* de Virgilio, el *Hortus Hesperidum* de Pontano, los *Huertos* de Rapin, la *Granja ó Prædium rusticum* de Vanière, y del mismo argumento el italiano Luis Alamanni. En la historia natural entrarían los seis libros de *Rerum Natura* de Lucrecio, de Polignac, el tratado de *Rerum principiis* de Scipión Capece, con el de *Eruptione Vesuvii*, el Lagomarsini de *Fontibus*, el *Bombix* ó Gusano de seda de Jerónimo Vida, el tratado de Horacio Burgundo de *Cursu fluminum*, y el del mismo de *Incessu Animalium*, el Cossart de *Palmis*, el Segaud de *Thermis et Aquis mineralibus*, el Cerceau de *Pullis Gallinaceis*, y el *Rusticatio Mexicana* de Landívar. En la Física entrarían los tratados *Mundus Cartesianus* de Coedic, de *Animarum præexistencia* de Jacobo Everardo, *adversus Wolfium et Leibnitium*, de *dilatatione et condensatione aeris* de Juan de la Faye, el tratado de *Ventis* de Carlos Malapert, la *Philosophia novo-antiqua* de Tomás Ceva, de *Phosphori gemmi et luce barometrica* de Bartolomé Fulero. Los tratados de Ha-

lieutica, ó de la Pesca, griego de Opiano, y latino de Nicolás Parthenio. En la Matemática se halla la *Mathesis* de Tomás Ceva, los *Phenomenos* de Arato, griego, los libros *Astronomicorum* de Manilio, antiguo, y de Boscowich, moderno. A la Medicina pertenecerían las obras de Celso y de Sereno, que se hallan entre los poetas antiguos; la *Syphilis* ó tratado de *Lue Venerea*: los libros *Botanicorum* de N. Sebastiano: el tratado de *Hyginia* ó de *Valetudine tuenda* de Constancio Pulcharelli; ¹ la *Escuela Salernitana*. De las Artes se hallan un poema de N. Lucas de *Arte Declamatoria* ó Retórica: Horacio, Vida, Boileau, de *Arte Poética*: Duhalde, Juan, de *Arte Dramático*: Carlos Porée de *Arte instituendæ juventutis in litteris humanioribus*.

Nicolás Parthenio, de *Arte Bellica*.

El mismo, de *Arte Nautica*.

El mismo, de *Naumachica*.

Marovil, de *Cuniculis*, ó Minas.

Houdry, de *Arte Typographica*.

Aumaitre, de *Bibliotheca*.

George Vionnet, de *Arte Nummaria*.

Masselot, de *Ænigmatis*.

N. Roze, de *Aucupio*.

Darchio, de *Canibus Venatoriis*.

Imberdis, de *Charta Papyracea*.

Charleval, de *Navibus*.

Francisco Grimaldi, de *Vita Urbana*.

El mismo, de *Vita Economica*.

Prudencio Amalario, de *Opificio Sacchari*.

Lebrun, de *Bellariis*, ó Arte de Confitar.

De *Arte Música* Francisci Feburai.

De *Arte Scribendi* Rainerii Carsughi.

De *Pictura* ó Arte de pintar, Francisco Marsy.

N. N. de *Optica*, *Dioptrica*, *Catoptrica* &c. &c.

N. N. de *Barometro*, *Thermometro* &c.

¹ En el códice no se dijo primitivamente quién fuese el autor de este tratado: añadióse después la cláusula "de Constantino Pulcharelli." No se encuentra listado entre sus obras.

A la historia natural se pueden añadir los poemas de *Vampyris* Jacobi Wartensii, y el tratado de *Iride et de Aurora Boreali* Francisci Noceti.

Al tratado de Ética se reduce el poema de Brumoy de *Motibus Animi*; el de Antonio Bernardi, de *Prudentia*.

Las obras que aquí he citado sin nombre de autor se hallarán en la Colección y traducción de poetas jesuitas comenzada á hacer en Nápoles por un escolapio. Otras muchas se hallarán en otras obras de que ó no tengo noticia ó no me acuerdo. Charleval tiene también un tratado de *Simiis*.

A este mismo género de composiciones se pueden reducir los *Himnos* de Homero, el *Escudo de Hércules* y la *Theogonía* ó *Genealogía de los Dioses*, de Hesiodo, los *Fastos* de Ovidio, y aun sus desregladísimas *Metamorfosis*, las *Silvas* de Stacio, los *Panegíricos* de Claudiano, los *Misterios de Nuestro Salvador y de la Virgen*, de Antonio Chanut, de Constancio Pulcharelli, y otros muchos autores de este género, aunque en algunos de los citados hay alguna ficción é introducción de personas que pueden hacerlos pasar por poemas dramáticos. Añadid el *Kempis* ó tratado de desprecio del mundo, que puso en verso francés Pedro Cornelio, en su mayor edad; y otros dos famosos poetas de estos tiempos de quienes no puedo dejar de hacer especial mención por lo raro y particular de sus asuntos. Son estos Luis Racine el joven, llamado así para distinguirlo del famoso Juan Racine, compositor de excelentes tragedias de que antes hablamos. Este compuso dos tratados en verso, el uno de la *Religión* y el otro de la *Gracia*, casi al mismo tiempo que Alejandro Pope en Inglaterra dió á luz, en verso también, sus *Ensayos sobre la Naturaleza del Hombre*. Estos dos autores han tenido entre sí una correspondencia muy celebrada. El inglés, con el especioso motivo de ensalzar la providencia y sabiduría del Criador, y ennoblecer la naturaleza humana, quiere hacer ver como bueno todo cuanto hay en el hombre; pero tratando como puro filósofo, y como filósofo pagano, de la naturaleza del hombre, y prescindiendo de lo que la fe enseña, no supo dis-

tinguir lo que es en el hombre don del Criador y lo que es castigo del pecado: lo que es el hombre contemplado en su primera origen, y como salió, digámoslo así, de las manos del Omnipotente, y lo que es el hombre después que por la prevaricación desfiguró en sí la imagen de Dios á cuya semejanza fué criado; la felicidad natural del hombre, y la felicidad sobrenatural á que está destinado y á que aspira. En todo el tratado de Pope no se ve sino una continua contradicción de máximas, y un contraste de ideas semipaganas, semicristianas y semifilosóficas; se confunde á cada paso lo físico con lo moral, lo natural é innato con lo racional y lo electivo, el hombre puro con el hombre elevado, y el elevado con el caído. Racine, por ensalzar fuera de propósito la Revelación y la Gracia, trastorna la naturaleza, á quien la Revelación y la Gracia no destruye sino eleva y perfecciona. Todo lo halla malo en el hombre considerado en sí mismo, como si la naturaleza no fuera don de Dios, y careciera de orden en todas las demás criaturas incapaces de la Gracia. Uno y otro erró por falta de sólida teología y sobra de arrogancia: discípulos de Milton, cuyos diablos se entretienen en disputar con semejantes principios, del misterio de la predestinación y de la eficacia de los auxilios divinos. Pero volvamos á nuestro asunto.

84 Estos dos géneros de comedia distinguió Horacio diciendo:

Succesit vetus his comœdia, non sine multa
Laude: sed in vitium libertas excidit, et vim
Dignam lege regi: lex est accepta; chorusque
Turpiter obtinuit, sublato jure nocendi. ¹

85 El poeta aquí citado fué Aristófanes, de quien diremos más abajo.

86 Sócrates, filósofo celeberrimo y hombre honestísimo, de quien públicamente se burló Aristófanes en la comedia de las *Nubes*.

87 Menandro fué el príncipe de la Nueva Comedia, como Aristófanes lo había sido de la antigua.

¹ *Art. Poét.*, v. 281-284.

88 Alude á lo que dijo el otro:

Quid rides? mutato nomine, de te
Fabula narratur. ¹

89 Lo que está en Horacio:

Ætatis cujusque notandi sunt tibi mores,
Mobilibusque decor, maturis dandus et annis. ²

90 Esta descripción de las edades está tomada del mismo Horacio, que dijo:

Cereus in vitium flecti, monitoribus asper,
Utilium tardus provisor, prodigus æris
Sublimis, cupidusque, et amata relinquere pernix. ³

91 Conversis studiis, ætas animusque virilis
Quærit opes et amicitias, inservit honori:
Commisisse cavet quod mox mutare laboret. ⁴

92 Dilator, spe longus, iners, avidusque futuri
Difficilis, querulus, laudator temporis acti
Se puero, censor, castigatque minorum. ⁵

93 Lo que dijo el mismo:

Ne forte seniles
Mandentur juveni partes, pueroque viriles. ⁶

94 *Les Fourberies de Scapin* y el *Misántropo* son dos comedias de Molière, de diversísimo carácter: la una muy grosera y soez, la otra muy fina y sabia, y en las cuales, por tanto, no se reconoce un mismo autor. De Molière y otros célebres cómicos diremos después.

95 Los autores más famosos en la comedia son, entre los griegos, Aristófanes y Menandro. El primero es más bufón, el segundo más natural y vivo en sus imágenes. Plauto, de los latinos, se parece más á Aristófanes; Terencio á Menandro, de quien en muchos pasajes y aun piezas, casi es traductor. Nicolás Cruchio, jesuita, compuso un tomo

¹ HORAT. *Sat.*, lib. I, 1.

² *Art. Poét.*, v. 155-156.

³ *Ibid.*, v. 163-165.

⁴ *Ibid.*, v. 166-168.

⁵ *Ibid.*, v. 172-175.

⁶ *Ibid.*, v. 176-177.

de comedias en que procura remedar el estilo plautino. En lenguas vulgares se ha escrito infinito en este género. Camoens, que fué tan feliz en lo épico, degeneró en lo cómico. Los italianos tienen muchos autores, entre los cuales tiene hoy mucho aprecio Goldoni. Los franceses tienen por príncipe á Molière, de quien se dijo arriba. Estas dos naciones son las que con más regularidad y arte componen sus comedias. Los españoles admiran á Lope de Vega y á Calderón. La infancia y progresos de la comedia en España pintó Miguel de Cervantes. Este autor murió el año de diez y seis del siglo pasado. “En el tiempo de este célebre “español (habla de Lope de Rueda) todos los aparatos de “un autor de comedias se encerraban en un costal, y se “cifrañan en cuatro pellicos blancos guarnecidos de guadañamecí dorado y en cuatro barbas y cabelleras y cuatro “cayados, poco más ó menos. Las comedias eran unos coloquios como églogas, entre dos ó tres pastores y alguna “pastora. Aderezábanlas y dilatábanlas con dos ó tres entremeses, ya de negra, ya de rufián, ya de bobo, y ya de vizaíno. . . . No había en aquel tiempo tramoyas ni desafios. . . . No había figura que saliese ó pareciese salir “del centro de la tierra por lo hueco del teatro, al cual com- “ponían cuatro bancos en cuadro, y cuatro ó seis tablas “encima, con que se levantaba del suelo cuatro palmos; ni “menos bajaban del cielo nubes con ángeles ó con almas. “El adorno del teatro era una manta vieja tirada con dos “cordeles de una parte á otra, que hacía lo que llaman vestuario, detrás de la cual estaban los músicos cantando “sin guitarra algún romance antiguo. . . . Sucedió á Lope “de Rueda, Navarro, natural de Toledo. . . . Este levantó “algún tanto más el adorno de las comedias, y mudó el “costal de vestidos en cofres y en baules, sacó la música, “que antes cantaba detrás de la manta, al teatro público, “quitó las barbas de los farsantes. . . . inventó tramoyas, “nubes, truenos y relámpagos, desafios y batallas; pero “esto no llegó al sublime punto en que está agora. . . . que “se vieron en los teatros de Madrid representar los *Tratos de Argel*, que yo compuse, la destrucción de *Numancia*, y

“la batalla Naval, donde me atreví á reducir las comedias “á tres jornadas, de cinco que tenían. . . . fuí el primero “que representase las imaginaciones y los pensamientos “escondidos del alma, sacando figuras morales al teatro, “con general y gustoso aplauso de los oyentes. . . . Entró “luego el monstruo de la Naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica &c.” Hasta aquí Miguel de Cervantes en el prólogo á sus *Comedias*, tan desconocidas generalmente y desaprobadas, cuanto es aplaudido y famoso su *Don Quijote*. De esta relación pasa á difundirse en alabanzas de Lope de Vega. Cervantes, ciertamente, no ignoraba el arte de la comedia. Plauto y Terencio no eran desconocidos en España, donde, fuera de otros muchos, florecieron en aquellos tiempos, y poco anteriores, los Vives, los Nebrijas, los Sánchez, los Medinas, los Leones, los Canos, hombres de tan bello gusto en letras humanas, que no los ha dado ciertamente mejores en la siguiente edad Francia ni Italia. El mismo Cervantes conoce los gravísimos defectos y la irregularidad de Lope de Vega, y toda la España confiesa lo mismo en D. Pedro Calderón. ¿Cómo, pues, al mismo tiempo han tenido en una nación iluminada estos autores tanto aplauso? Esta misma objeción se opuso Voltaire en su Ensayo sobre la Poesía Épica, cuyas palabras quiero traducir, porque al tiempo mismo servirán para darte idea del más famoso cómico que tienen los ingleses. “Por lo que á mí toca, dice “Voltaire, cuando leo á Homero y veo aquellas faltas groseras y aquellas bellezas mayores que sus faltas, apenas “puedo persuadirme á que un mismo ingenio haya compuesto los diversos cantos de la *Iliada*. En efecto, nosotros no conocemos entre los latinos ni los franceses autor alguno que haya caído tan bajo después de haberse “elevado tan alto. Cornelio, genio por lo menos igual al “de Homero, compuso, es verdad, el *Pertharito*, el *Surena* “y el *Agésilao*, después de haber dado á luz el *Cinna* y el *Poliucto*. Pero el *Pertharito* y el *Surena* son asuntos “antes mal elegidos que mal manejados. Ellas son tragedias “débiles, pero no llenas de absurdos, de contradicciones

“y de faltas groseras. En fin, yo hallé entre los ingleses
 “lo que buscaba, y la paradoja de la reputación de Home-
 “ro me fué descubierta enteramente. Shakespeare, el pri-
 “mer poeta trágico, casi no tiene en Inglaterra otro epí-
 “teto que el de *divino*. Yo jamás vi en Londres el teatro
 “tan lleno en la *Andrómaca* de Racine, aunque tan bien
 “traducida por Philips, ó en el *Catón* de Addison, como en
 “las antiguas piezas de Shakespeare. Estas piezas son
 “monstruosas en materia de tragedias. Algunas hay que
 “duran muchos años: allí se bautiza en el primer acto el
 “héroe, que muere de vejez en el quinto. Se ven hechice-
 “ros, paisanos, borrachos, bufones y cavadores que abren
 “una fosa y cantan tonos burlescos, jugando con las cala-
 “veras de los muertos. Finalmente, imagínese cuanto se
 “quisiere de monstruoso y de absurdo, todo se hallará en
 “Shakespeare. Cuando yo comencé á aprender la lengua
 “inglesa, no podía comprender cómo una nación tan culta
 “podía admirar un autor tan extravagante; pero cuando
 “tuve mayor instrucción en el idioma conocí que los ingle-
 “ses tenían razón, y que es imposible que toda una nación
 “se engañe en punto de gusto, ó finja de tener placer don-
 “de realmente no lo halla. Ellos veían como yo las faltas
 “groseras de su autor; pero conocían mejor que yo sus be-
 “llezas tanto más singulares cuanto ellas son rayos de luz
 “que brillaron entre las más densas tinieblas, porque há
 “más de ciento y cincuenta años que Shakespeare goza de
 “su reputación. Los autores que han venido después no
 “han servido más que á aumentarla, en vez de disminuir-
 “la. El gran juicio del autor del *Catón* y sus talentos, que
 “lo han hecho un secretario de Estado, no han podido co-
 “locarlo al lado de Shakespeare. Tal es el caracter de un
 “verdadero genio: él se abre nuevos caminos por donde
 “nadie ha marchado antes de él: corre sin guía, sin arte,
 “sin regla: tal vez se descarría y pierde en su carrera; pero
 “deja muy lejos tras de sí todo lo que no es sino regulari-
 “dad y nimia exactitud. Tal ha sido poco más ó menos el
 “caracter de Homero.”

La *Guerra Púnica* de Silio, y los *Argonautas* de Valerio

Flaco, están escritos ciertamente con más arte y observan-
 cia de los preceptos, que la *Eneida* de Virgilio. El *Clodo-
 veo* de Desmarests y la *Pucela* de Chapelain, poemas famo-
 sos por su ridiculeza y su frialdad, están, con vergüenza
 de las reglas, conducidos con más exactitud y escrupulosi-
 dad que la *Iliada*: como el *Píramo* de Pradón es más re-
 gular que el *Cid* de Cornelio. Pocas habrá de las más viles
 novelas en que los sucesos no estén mejor manejados, pre-
 parados con más artificio y dispuestos con mil veces ma-
 yor industria que en Homero. Sin embargo, diez ó doce
 versos de la *Iliada* son tan superiores á toda la perfección
 de estas bagatelas, cuanto un grueso diamante, obra bru-
 ta de la Naturaleza, es superior á todas las obras de fierro
 ó de latón, por bien trabajadas que puedan estar por ma-
 nos industriosas. Hé aquí puntualmente la idea que yo me
 había formado de Lope de Vega y de su competidor D. Pe-
 dro Calderón. Llenos están de defectos y de irregularidad;
 apenas tienen pieza trabajada con reglas y con arte; sin
 embargo, supieron acomodarse y remedar bien el genio de
 su nación. Aquellas etiquetas de honor, aquellos amores
 metafísicos, aquellos desafíos, aquellos enredos, son muy
 del gusto de los españoles: nación seria, honrada, desin-
 teresada y orgullosa. El lenguaje de uno y otro autor es
 terso y puro: su verso fácil, armonioso. Tal vez pecan de
 agudos, y tal vez de hinchados; pero en esto mismo agra-
 daban mucho á las personas cultas de aquel siglo. Léase
 la vida del Gran Capitán, la del Duque de Alba, y aun las
 historias de los reyes Felipe II, III y IV, y se verá en to-
 das ellas una grande pasión por los dichos agudos é inge-
 niosos, al mismo tiempo que en puntos de honor, de guerra
 y de intereses amaban las expresiones arrogantes, hijas de
 la altivez y nobleza de sus genios. La Comedia, más que
 alguna otra de las composiciones poéticas, es obra antes
 que del arte, del genio y del capricho. Su gran mérito es
 ser pintura viva de la vida familiar y doméstica, y de las
 acciones privadas, como la Tragedia debe serlo de las ac-
 ciones públicas. Ahora, si el hombre en toda su conducta
 es un monstruo de irregularidades y de anomalías á que

lo llevan ya estas ya las otras pasiones, esto se manifiesta mucho más en las operaciones privadas que en las públicas, en que se procede siempre con más tiento, con más regularidad y con más orden. Es de desear, pues, la unidad de la acción ó de la escena, la duración de horas ó de días, y cosas semejantes. Pero no es esto sólo lo que debe decidir de la bondad de la Comedia. Los *Litigantes* de Racine ó el *Misántropo* de Molière no se repetirían muchas veces en Inglaterra ni en España, como ni el *Conde Lucanor* ni el *Licenciado Vidriera* en Francia. Cada nación tiene, como cada hombre, sus irregularidades y las ama, ó á lo menos gusta de ver el retrato de ellas. En la citada comedia del *Conde Lucanor* se ve el caracter de un noble español enamorado y pobre, á quien lucha por abatir la necesidad y á quien no deja envilecer la nobleza de su educación. Muchos defectos tendrá esta y otras semejantes; pero este carácter extravagante bien sostenido las hará siempre muy dignas del aprecio de la nación. Hablando de Calderón y de Lope de Vega, no pretendo justificar igualmente á otros innumerables escritores de comedias que ha dado España: ni á Candamo, ni á Góngora, ni á Cervantes, ni á Montalván, ni á Quevedo, ni á Monroy, Zapata, Zayas ó Salazar, aunque en ellos no faltan cosas apreciables; pero D. Agustín Moreto se merece lugar distinguido entre los buenos autores.

El libro ó canto cuarto de Mr. Boileau no me pareció conveniente traducirlo, respecto á no dar allí advertencia ó documentos algunos que no se hayan tocado ya en los cantos antecedentes.

 TRADUCCIÓN

DE

 ALGUNAS PIEZAS DE HORACIO.

SÁTIRA PRIMERA DEL LIBRO PRIMERO.

Dí, Mecenas, ¿qué será
 Que nadie vive contento
 Con la suerte que ha obtenido
 Por fortuna ó por su empeño,
 Antes envidia á los que
 Van por un rumbo diverso?
 «Dichosos los mercaderes,»
 Dice el soldado ya viejo
 Y cansado del trabajo;
 El mercader, al opuesto,
 Cuando á la nave en el viaje
 Combaten contrarios vientos:
 «La milicia es mejor. Qué?
 Cierra, zis, zas, en un vuelo
 A la muerte ó la victoria,
 Despojos, honor, ascensos.»